

## *Le citoyen, le crime et l'État*, de Philippe Robert

AMADEU RECASENS I BRUNET

Director de la Escuela de Policía de Cataluña

375

Remontar el río hasta la surgente, como algunas especies que emplean su potencia vital para hallar el origen exacto donde recrear el ciclo originario. Este es el ejercicio que nos propone Philippe Robert en su libro *Le citoyen, le crime et l'État*.<sup>1</sup> Se trata, por decirlo muy escuetamente, de no dejarse sorprender por un pensamiento lineal, de no dejar, como el mismo autor expresa, que el árbol nos impida ver el bosque. Ciertamente, hay un problema *securitario* en nuestra sociedad, pero ¿cuál es? ¿De dónde viene?

### 1. METODOLOGÍA Y ESTRUCTURA

Para detectar el origen y las causas de la inseguridad, Robert opta por una metodología rigurosa y estricta, que allana buena parte de la complejidad del tema, demostrando una vez más que, cuando las ideas fluyen claras, su visualización aparece simplificada, casi evidente.

Basándose en la formulación directa de preguntas aparentemente elementales (cuya sencillez esconde el saber hacer del científico capaz de plantear los interrogantes precisos), el texto avanza hasta hallar una posible respuesta y, llegado a este punto, el lector puede disfrutar de un buen resumen de lo dicho, que sirve como sólido fundamento para la generación de nuevos interrogantes. De hecho, la mera lectura de las hipótesis formuladas al inicio de cada una de las dos grandes partes de que consta la obra, conjuntamente con el índice de capítulos, constituye ya de por sí un resumen del libro.

Una bibliografía amplia y meticulosamente elaborada trata de corroborar y sostener cada afirmación, cada idea sugerida y no desarrollada. Además, sendos

---

1. ROBERT, PH. *Le citoyen, le crime et l'État*. Ginebra-París: ed. Librairie Droz, 1999 (311 pág.).

índices, de nombres y temático, permiten una buena ubicación en el texto y un retorno al mismo para la eventual consulta de aspectos concretos o sectoriales.

El esfuerzo, pues, por una escrupulosa metodología, unas formas de trabajo precisas son así patentes en esta obra, facilitando con ello enormemente su lectura.

## 2. EN CUANTO A SU CONTENIDO

El libro constituye un itinerario a la descubierta del sentido actual del concepto de seguridad y de los problemas relacionados con el crimen, ubicado social y temporalmente. Si queremos saber cómo se desarrollan tales fenómenos en un modelo de Estado que reclama para sí el monopolio legítimo de la violencia a cambio de castigar a quienes la usan para su propio provecho, habrá que analizar cómo se define la violencia, qué es definido como crimen en cada momento y qué relación se establece entre ciudadano y Estado a la hora de dar una respuesta al problema que representa la existencia de conductas que transgreden la norma. Todo ello analizando al mismo tiempo si los debates actuales (sobre la violencia o violencias, la seguridad, etc.) constituyen realmente una discusión sobre las causas, o se limitan meramente a un análisis coyuntural y superficial sobre los efectos.

La primera parte del libro, como se indica ya desde el mismo enunciado del título, trata, ante todo, de ver cómo nace y se desarrolla el Estado moderno. El control social basado en las interrelaciones e interdependencias de inmediatez y proximidad es propio de las comunidades locales tradicionales, pero el crecimiento social y las modificaciones socioeconómicas propician el anonimato y diluyen estas microsociedades que mantenían la primacía del control social frente al Estado. Éste va entonces adoptando lentamente una posición hegemónica y fundamenta su poder sobre el ejercicio del monopolio de la violencia, al tiempo que transforma el espacio social en una dicotomía entre lo público y lo privado. En este momento, para ocuparse sustancialmente de lo primero, nace la policía moderna.

Tales transformaciones generan problemas de seguridad pública (cuyo núcleo duro se inicia a finales de los años cincuenta) que han propiciado las percepciones actuales sobre la violencia física y las llamadas violencias urbanas, así como el auge, en los años setenta, de la llamada inseguridad. Elementos todos ellos que, para Robert, deben ser tenidos en cuenta, pero que no alcanzan a explicar el desajuste social, cuyos orígenes sólo pueden ser hallados remontando la corriente<sup>2</sup> hasta llegar al análisis de las «predaciones» (entendidas como ataques a bienes y patrimonio), que para el autor constituyen el origen del desajuste y se hallan en la base del fenómeno de la inseguridad. Y en este punto se constata el divorcio entre las políticas penales institucionales (enfocadas hacia las violencias y cada vez menos eficaces y activas ante los ataques patrimoniales) y la expectativa/demanda de seguridad de los ciudadanos, que reclaman no ser víctimas de tales delitos que afectan a lo más profundo del sujeto en su relación con lo social y su concep-

to patrimonial. Las predaciones serían pues el fenómeno originario sobre el que los demás vendrán a sumarse.<sup>3</sup>

El descenso de la adhesión a las normas, el interés que ofrecen los productos del crimen fácilmente «colocables» (en los mercados de objetos robados, debido al anonimato) y la ocasión, es decir la escasa probabilidad de ser detectado o incriminado, se suman para favorecer el auge de las predaciones.

Todo ello se complica a lo largo del último cuarto de siglo con la precarización laboral y la deslegitimización de las normas estatales (por pérdida de eficacia y de confianza social) que van a conllevar un incremento de la violencia. El anonimato favorece la predación pero al mismo tiempo que hace incrementar las denuncias (por remisión a los poderes públicos de la solución del caso del que el ciudadano ignora todo), dificulta la reacción pública y en especial la policial. En este punto queda abierta la pregunta de por qué las fuerzas públicas, teniendo los medios técnicos para la elucidación, no los utilizan. No suele haber inspecciones oculares ni toma de huellas dactilares en la mayoría de robos o de hurtos menores en los que el delincuente deja a menudo clarísimos rastros, pero cuya investigación «no sale a cuenta» en tiempo ni en medios ni en recursos humanos. No es un problema, la mayoría de las veces, de falta de medios técnicos, ni de desinterés genérico de los poderes públicos frente a determinada tipología delictiva, sino de una concepción determinada de cierta economía del delito.

La segunda parte del libro está destinada a analizar si el mercado ha reemplazado, o está reemplazando, a los poderes públicos como promotor de seguridad y, si es así, por qué se produce esta substitución. Lo primero que se constata, en este punto, es el desarrollo de un mercado de la seguridad, pero que aparece más adaptado a las necesidades de empresas y organizaciones que a las de los particulares. Ante ello, el Estado, que no se hizo cargo de la magnitud del problema iniciado en los años cincuenta, contempló pasivamente de qué modo la inseguridad vinculada al delito crecía durante los años sesenta y setenta. Si en las dos últimas décadas el Estado ha tratado de recuperar terreno, no está claro que el resultado haya sido suficiente. Las estructuras estatales y, en concreto, las policiales han demostrado estar mal adaptadas a los cambios recientes y, como dice Robert, «apartándose de la seguridad pública, el poder público ha dejado buenamente que se cree un vacío propicio a la cristalización de la inseguridad».<sup>4</sup>

A partir de esta primera búsqueda del origen del Estado como garante de seguridad, Robert emplea con gran profesionalidad un calidoscopio en el cual tal vez no estén todos los colores pero los que están dibujan nítidamente las figuras precisas para el marco que se pretende, que es voluntariamente limitado por la exigencia metodológica y por el entorno queridamente francés.

El conjunto de método, contenido y formas es, como los buenos vinos, un producto equilibrado, fruto de un buen *coupage* entre sus elementos, que exige un tiempo de oxigenación (no se lee de un tirón) pero que deja un agradable sabor al

3. Pág. 111.

4. Pág. 253.

paladar. Tiene aromas muy franceses, críticos y un gran fundamento sociológico. Es evidentemente el producto de una persona con largos años de enseñanza, que se preocupa por lograr un efecto pedagógico, una fácil lectura, sin por ello renunciar al rigor ni hacer concesiones al lenguaje. Ello sólo se logra cuando, como es el caso, el relator tiene claros y domina todos los aspectos del relato. El esfuerzo de comprensión se reparte así entre el lector y el escritor.

Se estará de acuerdo o no con los puntos de vista de Philippe Robert, se podrán formular sin duda críticas razonables al enfoque y a la respuesta dada a algunas de las preguntas. Cabe incluso discutir la formulación de algunas de las preguntas. Pero todo diálogo tiene un nivel y el impuesto por *Le citoyen, le crime et l'État* es alto. Discutir con este libro obliga a un ejercicio de clarificación de los planteamientos del lector que pretenda entablar un debate con el texto y ello constituye también un elemento estimulante del debate científico. Da la sensación de que el autor y su libro no sólo admiten el debate, sino que casi lo exigen como un guiño a la inteligencia. De hecho, el mejor tributo que un lector puede hacer a un escritor es una lectura crítica (es decir, no pasiva) de su texto y creo sinceramente que, en este caso, tanto el libro como su autor la merecen.